

POR LA GEOGRAFIA CACEREÑA

J A R A I C E J O

El viajero que partiendo de Madrid, se dirija a cualquiera de las dos capitales de Extremadura utilizando la carretera general de Madrid a Lisboa—después de haber cruzado el río Tajo sobre el famoso puente de Almaraz y de haber coronado el puerto de Miravete—, se encontrará con el pueblo de Jaraicejo, asentado sobre una pequeña colina desde la que se columbra un dilatado horizonte, limitado de una parte, por las ingentes alturas de «Las Villuercas»; de otra, por la aguda silueta de Sierra de Santa Cruz, y por el Oeste, con las montañas a cuyo pie se levanta Cáceres, cuyo blanco caserío se hace perfectamente visible en las primeras horas del sol.

De terreno montuoso, pedregoso y desigual, Jaraicejo produce cereales, trigo, cebada, centeno, patatas de excelente calidad y legumbres.

Desde la carretera, el pueblo de Jaraicejo se presenta casi todo él a la vista del pasajero, con sus casas en su mayor parte de color oscuro, de aspecto pobre, presidido el conjunto por la iglesia parroquial, enorme edificio de piedra de pizarra que llama la atención por sus grandes proporciones y que se destaca sobre el humilde caserío como un signo de dominio y de protección a la vez.

Si nos internamos a través del dédalo de sus estrechas calles, empedradas de guijos del río, nos daremos cuenta de que este pueblo ha participado muy poco del progreso de los tiempos y

permanece estacionado, como dormido, sin una nota de modernidad.

En efecto, la mayor parte de las viviendas son pobres, sórdidas, incómodas sin la menor nota de refinamiento ni novedad. Fachadas de pizarra o de tapia, corroídas por las lluvias, muchas, casi todas, sin revocar ni enjalbergar, sin luz ni ventilación, con aspecto generalmente poco acogedor, sin que pueda invocarse ni lo típico ni lo pintoresco.

Hay que advertir, sin embargo, que las gentes son, por lo general, de carácter bondadoso, sencillas, amables y hospitalarias, lo cual compensa las incomodidades materiales y se establece—en poco tiempo—un ambiente de cordialidad y de entrañable afecto que ligará al extraño para siempre al pueblo, que no lo abandonará sin pena ni nostalgia.

Se afirma que este pueblo debe su fundación a la reina doña Urraca, sin que exista dato ni documento alguno que lo confirme, si bien es evidente su antigüedad, como lo denotan los edificios, o más bien vestigios de ellos que se encuentran dentro del perímetro urbano, sobre cuyas ruinas se construyen casas vulgares y rústicas que a veces dejan ver nobles piedras, señales de pasadas grandezas.

Domingo Sánchez Loro, conocido investigador cacereño, ha estudiado los orígenes de Jaraicejo, formado junto al castillo de su nombre, del que se apoderaron los golfines varias veces.

El rey Sancho IV concedió—en 1284—a Gonzalo Godínez, su escribano y a su mujer D.^a Mayor, el lugar de Jaraicejo.

Alfonso Godínez—hijo de D.^a Mayor—, vendió el lugar en 10.000 maravedíes a Pedro Sánchez, escribano del rey y de su Cámara, siendo, por tanto, el segundo señor de Jaraicejo. Pedro Sánchez alcanzó del rey algunas mercedes para los pobladores de Jaraicejo. El Concejo de Plasencia renunció a los derechos que tenía sobre el señorío. Entre las mercedes mencionemos las de aprovechamientos de pastos, leña y ganados.

Pedro Sánchez de Gomara logró la repoblación de Jaraicejo y—como dice el erudito antes citado—además una hacienda saneada en la Alta Extremadura.

Al morir D.^a Sol, esposa de Pedro Sánchez, totalmente entristecido por la desgracia, ofreció Jaraicejo mitad por mitad al Obispo

y Cabildo de Plasencia, «en honra de Dios y en sufragio de su alma y del ánima de D.^a Sol, de sus padres y reyes», considerando los muchos bienes y las muchas mercedes que Nuestro Señor Jesucristo me hizo hasta el día de hoy y me hace ahora, siendo muy pecador y muy errado en el servicio y en no seguir los sus mandamientos tan cumplidamente como era menester.

La donación de Jaraicejo fué confirmada por el rey Sancho IV. Jaraicejo pertenece al señorío de Plasencia.

La iglesia parroquial—bajo la advocación de la Asunción de Nuestra Señora—, que fué erigida por el obispo D. Gutiérrez de Vargas Carvajal, es, como queda consignado, un soberbio edificio que asombra, más que por sus líneas, un poco toscas y pesadas, por sus enormes proporciones. El exterior apenas presenta detalles ornamentales y arquitectónicos, si se excluyen el pórtico y los altos ventanales enmarcados de piedra granítica, de los que desaparecieron los cristales policromos y algunos de ellos han tenido que ser medio cegados.

En contraste con el aspecto tosco, casi vulgar del exterior, el templo presenta en su interior unas líneas elegantes, finas, casi aéreas y sutiles, propias del estilo gótico. La bóveda, de una altura majestuosa, de arcos apuntados y complicada nervatura, producen una sensación de audacia, de atrevimiento, que suspende y admira. Tiene, además, la singularidad de que no están apoyadas en columnas, ya que arrancan a una distancia de dos tercios de la altura del templo, apoyadas sólo en los muros de éste, simulando que los capiteles del arranque de los arcos descansan sobre pequeñas columnitas truncadas por la base. Las paredes están revocadas de tal para darlas un aspecto de sillares de granito y no poseen otro adorno que una sencilla cornisa y los ventanales, de medio punto, que de no estar cegados, buena parte de ellos iluminarían la iglesia con espléndida luminosidad. En el lado del Evangelio existe una capilla sin mérito alguno. En el de la Epístola otra capilla con bóveda de crucería que manos alevés cubrieron de un color escarlata que desentona notablemente del conjunto del templo. Por encima de ella, dos arcos de medio punto rebasados, dejan ver otra capilla que carece de altares y ornamentos y que, no obstante, es quizás una de las notas más bellas de esta iglesia

por la bóveda de piedra granítica que la cubre y el precioso rose-tón que la ilumina.

El coro está sostenido por arcos esbeltos de piedra granítica, prolongándose a lo largo de la pared lateral por medio de graciosas ménsulas que sirvieron para sostén del órgano, totalmente desaparecido. En el muro del Evangelio, no lejos del coro, puede verse un magnífico sepulcro que guarda los restos de un indiano natural de este pueblo que deseó descansar en la iglesia en la que seguramente fué bautizado. Sobre el piso se ven varias piedras sepulcrales con borradas inscripciones apenas legibles.

El edificio es, en conjunto, verdaderamente magnífico. Pero se advierte en él que durante muchos años ha debido estar muy abandonado, lo que, unido a que fué ocupado por las tropas napoleónicas durante la guerra de la Independencia, ha dejado señales que le afean, dándole un aspecto de pobreza y de cierta frialdad. Por otra parte, su misma grandeza, en contraste con la carencia de ornamentos, contribuye a que parezca un tanto destartalado y poco acogedor si no se piensa que es la Casa de Dios y que donde está El, todo es grato y bello...

Volviendo al exterior, no debemos dejar de mencionar la torre, de considerable altura, construída de piedra de pizarra y esquinas de granito, excepto el último cuerpo, que es de ladrillo. En la parte Norte del templo puede verse una puerta cegada que es tradición se tapió después de pasar por ella el cadáver de la reina Isabel la Católica, conducido desde Medina del Campo a Granada. Es fama que permaneció toda una noche en la Iglesia, celebrándose solemnes exequias, y cuando aquellos insignes restos abandonaron la iglesia se acordó tapiar la puerta por donde habían pasado para que ya nadie más profanara aquel lugar.

La Plaza Mayor no deja de tener cierto sabor típico. Aparte de la mole imponente de la iglesia, se encuentra en ella la Casa Consistorial—construída sobre la que fué Palacio Episcopal—y otros varios edificios de vulgar y pobre apariencia, en cuyos muros pueden verse pórticos cegados y noble piedra oculta bajo la cal del blanqueo. Lo más notable son dos arcos que ponían en comunicación la mansión episcopal con la iglesia. Por bajo de ellos pasaba antiguamente la carretera, hoy, desviada por el exterior del

pueblo, de forma que semejan arcos triunfales para el paso de cortejo ilustre.

Adherido a la iglesia, ya fuera de la plaza, existe un viejo caserón de estilo toledano, a base de ladrillo y tapia que recuerda un poco las construcciones mudéjares. Se da acceso a él por una portada de medio punto muy rebajado, con dovelas de piedras graníticas y puerta claveteada. Esta edificación es parte del Convento de monjas franciscanas y actual cuartel de la Guardia civil. Está rodeado de grandes ruinas de lúgubre aspecto, sin la menor señal de arte.

Siguiendo la calle en que dicho edificio se encuentra ubicado, se ve un balcón esquinado, algunos escudos modestos y, al final, a pocos metros de la última edificación, un arco truncado que llaman «Del Cristo», y que parece fué en principio una atalaya árabe, pues en efecto, el arco afectaba la forma de herradura característica de aquellas construcciones.

El paisaje jaraiceño es en su mayor parte árido, monótono, sin frondosidad ni grandes accidentes. Sin embargo, en la parte Norte se encuentran las montañas—ramificaciones de los montes toledanos—con agrestes parajes y algunos manantiales poco aprovechados.

El vecindario se surte de agua tomándola de pozos existentes en las proximidades del pueblo. Sin ser muy abundantes, cubren las necesidades domésticas, si bien en cuanto a higiene dejan bastante que desear.

A unos tres kilómetros de la población se encuentra el río Almonte y sobre él un hermoso puente de sillería, con escudos e imágenes de piedra construido por un prelado de Plasencia cuyo nombre se ignora.

Cuenta Jaraicejo con varios hijos ilustres entre los que cabe citar a Francisco Gregorio de Sales, Juan Solano de Figueroa y Francisco Labrador. Sales, presbítero y poeta, falleció en 1808. Fué capellán mayor de las Recogidas de Madrid y miembro honorario de la Academia de San Fernando. Cejador estudió su poesía. El nombre de Sales figura en el *Catálogo de Autoridades de la Lengua*, publicado por la Academia Española. Solano de Figueroa sobresalió como historiador de la decimoséptima. Labrador se acreditó como pintor.

El folklore del pueblo no es muy rico ni contiene matices singulares que le hagan notable.

En cambio, de fiestas y costumbres hay digno de mención cuanto sigue:

En el día de San Antón se celebra lo que se llama «La Vuelta del Santo» y que, si en los tiempos antiguos, según parece, constituyó un vistoso festejo, en la actualidad ha degenerado en una grotesca mascarada sin el menor carácter artístico. Nada de cabalgaduras enjaezadas; nada de briosas bestias piafantes y veloces. Únicamente algunos jumentos más o menos desmedrados, sin montura alguna y sobre ellos o bien la chiquillería gritadora o la estampa de un borracho de aspecto lamentable. Costumbre esta que poco a poco irá extinguiéndose hasta desaparecer completamente, con lo que no se perderá nada.

El lunes de Pascua se celebra una especie de romería en los alrededores de la ermita llamada «La Virgen de los Hitos», distante unos cinco kilómetros del pueblo, próxima a la carretera de Torrejón el Rubio. Su nombre lo debe a encontrarse en la intersección de tres fincas que allí limitan. El edificio no tiene nada de particular y el paisaje tampoco contiene rasgos notables. Claro es que la fiesta se celebra en plena primavera y en esa estación el campo de Extremadura adquiere singular belleza, pues todo él es una pradera policroma y perfumada.

Por la mañana se dirige a la ermita, grandes grupos de jóvenes y aún de personas maduras, utilizando toda clase de cabalgaduras, o bien el clásico coche de «San Fernando», y, últimamente, en estos tiempos motorizados, algún que otro automóvil. Pero lo interesante son los grupos que marchan a pie o a caballo, entonando canciones alegóricas a la romería, algunas de las cuales copiamos a continuación:

«Virgen Pura de los Hitos,
de Torrejón caminera;
de San Blas eres vecina
y de Jaraicejo Reina.

Virgen Pura de los Hitos,
que linda estás con tu manto,
y más cuando te lo pones
encarnado, azul y blanco.

De oro tenéis la corona;
de oro tenéis el vestido.
Como sois madre del Verbo
todo lo tenéis cumplido.

Una costumbre de esta fiesta es la de que todo forastero que asiste a ella debe satisfacer una cantidad en metálico destinada a los gastos que hacen los vecinos del pueblo para su propio «jolgorio». Aquel que se niega a satisfacer esta contribución tiene la pena de «manteo», lo que se lleva a cabo sin miramientos algunos, cosa muy típica, pero discutible...

La romería consiste en oír misa, bailar en las praderas cercanas, comer y beber... y pare usted de contar.

No podemos terminar este trabajo sin recoger una sugerencia que nos ha formulado el culto Secretario de Administración Local señor Huete—a quien debemos algunos de los anteriores datos—y por ello le expresamo la gratitud.

Sería muy conveniente que las autoridades provinciales y el Estado se preocuparan de mejorar las condiciones de vida de este pueblo al objeto de colocarle en el concierto de los demás de la nación. Estimamos que lo propugnado debe hacerse por dignidad, y que encontrándose Jaraicejo en la carretera general—transitada a todas horas por el turismo—es obligación de todos embellecerle, mejorarle para que deje de producir la impresión de abandono que ahora inspira a cuantos a la localidad se acercan y vuelva un tanto por los fueros de su grandeza.

LA FIESTA DE SAN JUAN

Inminente al solsticio de verano, está la noche de San Juan. Noche supersticiosa, exornada con típicas y gigantescas hogueras—legado histórico en que se conmemora a San Juan Bautista. Noche consagrada al amor y quimera.

Mucho podría escribirse acerca de la fiesta de San Juan en los pueblos cacereños en los que hasta hace pocos años se observaba tanta relación e influjo en las costumbres y la existencia, influyen

cia de los astros en todos los órdenes, en la salud y el amor, leyendas de brujas, hechizos y encantamientos.

Resaltemos en Jarandilla la víspera de la noche de San Juan la llamada «Enramada»—que tiran los mozos a las mozas por las ventanas y balcones—, consistente en dulces, flores y frutos, cortando un árbol que, después, ponen en medio de la plaza, así como los claveles de todos los balcones y cantando la siguiente canción:

A cortar el árbol,
el árbol, el árbol,
a cortar el árbol,
la noche de San Juan.

En Madroñera—verdadera urbe, próxima a la ciudad de Trujillo, cuna de la Conquista—y también durante la víspera de San Juan, se celebra tradicionalmente un baile. Después del mismo, se reúnen todas las mozas en una casa y los mozos acostumbran a quedarse fuera echándoles guindas, manzanas y otras frutas del tiempo. Por la mañana, al despertar la aurora, van juntos todos a lavarse la cara a una fuente del pueblo cantando estas coplas:

Qué ganas tengo que llegue
la mañana de San Juan
para lavarme la cara
con mucha serenidad.

La mañana de San Juan
hace el agua gorgoritas;
yo te he de querer a tí
por aquella cruz bendita.

La mañana de San Juan
cuando la zorra madruga
el que borracho se acuesta
con agua se desayuna.

San Juan, San Pedro, valedme,
San Antonio que me muero,
tengo una puñaladita
que me la dió un cuerpo bueno.

A un Juan quiero y a un Juan amo
y a un Juan tengo en la memoria,
y un Juan me ha de dar la mano
para subir a la gloria.

En el río de Jordán,
terreno que no se ha visto,
Cristo bautizó a San Juan
y San Juan bautizó a Cristo.

La milenaria y episcopal ciudad de Coria celebra con esplendor la fiesta de San Juan, que empieza propiamente en la víspera el 23 por la noche—con sus hogueras del Santo—y dura esta primera parte hasta la madrugada, en que tiene lugar el encierro del toro en un corral contiguo a la Casa Consistorial. No podemos en modo alguno reflejar cuanto se relaciona con el «toro de San Juan» por lo mucho que encierra. Lo tradicional era que la fiesta—denominada «Toro de San Juan»—se celebrase con la lidia de un solo toro, que costaba el Ayuntamiento, pero—desde hace media centuria—se ha hecho también tradicional que se den tres o cuatro toros seguidos—los días 24, 25 y 26 de Junio—, coincidiendo con el solsticio del verano para enlazar con las ferias de San Pedro, unas de las más antiguas e importantes de España y de las primeras de Extremadura que tiene gran repercusión en el comercio ganadero regional y que se verifica los días 29 y 30.

Arroyo de la Luz es un pueblo de labradores y alfareros que celebra bellísimas romerías en la ermita de la Virgen de la Luz, su excelsa Patrona, en el lunes de Pascuas de Resurrección y el día 19 de Octubre, festividad de San Pedro de Alcántara, el fraile andarín y gigante extremeño de la santidad.

Múltiples son las tradiciones que se conservan, cabiendo citar los famosos corros de Arroyo de la Luz, que son propios, la mayoría, del carnaval. Entre los textos de lo corros brindemos el titulado «Mañanita de San Juan» sobre la infanta y su galán:

Mañanita, mañanita,
mañanita de San Juan,
la del gavilán y el galán,
la del gavilán.

Llevé mi caballo al agua
a la orillita del mar;

*la del gavilán y el galán,
la del gavilán.*

Mientras mi caballo bebe,
yo me divierto cantando
*la del gavilán y el galán,
la del gavilán.*

(Se repite siempre el estribillo.)

Para que vea la mi infanta
que la vienen a cantar
el rey que lo estaba oyendo
desde su balcón real.

Asómate, hija infanta,
si te quieres asomar,
y oírás la sirenita,
la sirenita del mar.

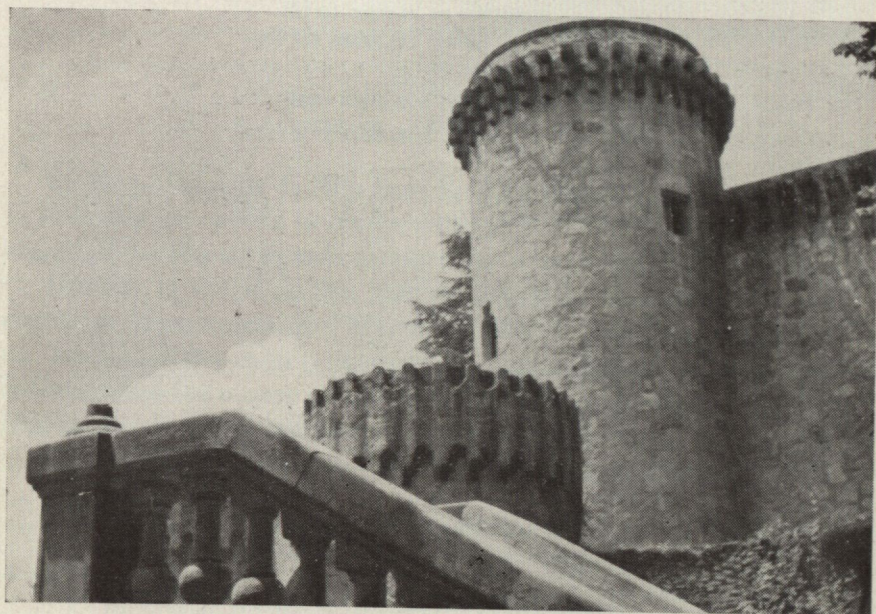
«Esa no es la sirenita
ni tampoco el sirenal,
que eso son los mis amores,
que me vienen a cantar.»

«Si eso son los tú amores,
la muerte le pienso dar,
si mis amores muriesen
yo viva no he de quedar.»

Al otro día siguiente
por ambos hacen señal;
ella, por hija del rey,
la entierran junto al altar
él, por ser hijo de conde,
una tumba más allá;
de ella ha salido un naranjo
de él un fuerte limonal;
las ramas que se alzaban,
besos y abrazos se dan.

Y las que no se alcanzaban
se hartaban de llorar.

El rey, de que supo esto,
los ha mandado cortar;



Castillo de Jarandilla. - Duque de Alba (Alvarez de Toledo), donde se retiró el Emperador Carlos de Europa (Carlos I de España y V de Alemania).

de ella salió una paloma
y de él un pichón real
y se iban a beber
a la orilla del mar.

El rey, de que supo esto,
los ha mandado matar.

Como eran aves volantes,
no las pudieron matar.

Aquí se ha acabado el corro
de la infanta y el galán.

En los pueblos de la Alta Extremadura también se celebra por la juventud que sueña la noche de San Juan. Es cosa propia de esa edad dorada de la vida rendir culto a la poesía y el amor.

Durante la noche de San Juan en Baños de Montemayor, en el confín de la provincia de Cáceres y limitando con la de Salamanca, las mozas duermen o esperan con anhelo ruidos cerca de sus habitaciones; los mozos suben en las más alegres compañías a los balcones y ventanas y colocan «La Enramada» —ramas de guindos y cerezos— a las novias y se oyen las siguientes canciones:

A coger el trévoli, el trévoli, el trévoli
a coger el trévoli los mis amores van.

A coger el trévoli, el trévoli, el trévoli
a coger el trévoli la noche de San Juan.

Como vives en alto,
pon, pon, vives airosa;
por eso te han criado
pon, pon, tan buena moza.

Quítate, niña, de esos balcones,
que si no te quitas, ramo de flores,
llamaré a la justicia
que te aprisione
con la cadena de mis amores.

En la villa veraniega los mozos pasan la noche entera al raso consagrados a la belleza dedicación amorosa y, ya, de madrugada, se van al campo a tomar el chocolate.

En Serradilla, integrada por la villa de su nombre y la aldea aneja de Villa Real de San Carlos, nombre que recibió de su egregio fundador Carlos III, los novios obsequian a sus prometidas colgando igualmente de su rejas o balcones la «Enramada», flores y frutos, y podemos consignar que los que nos las poseen las cogen de donde las encuentran, sin que ello, al decir el cronista local «Un amante de Serradilla», constituya afrenta, pues lo obligado del fin hace disculpable los medios.

La noche de San Juan ha sido objeto de importantes obras en la literatura española. Como este trabajo concierne a la Alta Extremadura, registramos la aportación de un poeta cacereño que ha hecho objeto de tema literario; registremos el siguiente «Roman-cillo de la noche de San Juan», producto de la musa de Fernando Bravo y Bravo:

¿Por qué lloras hija mía?
Madre ¿por qué he de llorar?
Lloro porque estoy soltera
y no me ronda un galán.

(Las flores de la ventana
aroman el suspirar).

Quince años tienes, hija,
quince años nada más,
y lo mejor de la vida
es el poder esperar.

- Esperando estuve, madre,
en la noche de San Juan...

Vergüenza me dá decirlo
que luego se burlarán;
toda la pasé velando
entre sufrir y esperar.

(Las flores de la ventana
sin riego se secarán.)

- Los mozos con la enramada
por mi calle vi pasar
a casas de mis amigas,
no a la mía por mi mal.

Y allá por la madrugada,
cuando a recogerse van,
debajo de mi ventana
cantaron, madre, un cantar.

- El son de los rondadores
tiene falso resonar
y el corazón que lo escucha
pierde su tranquilidad.

- Yo escuché, madre, la ronda,
en la noche de San Juan;
las flores de mi ventana,
¡ay!, deshojaba el cantar.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

MISCELÁNEA